

La madriguera del teatro

Teatra: una puesta de escena impresa

Nunca fueron extremadamente populares las revistas teatrales vanguardistas y radicales, sino más bien una suerte de boletín de conspiradores, de distribución clandestina casi a golpe de santo y seña, atentamente vigilado y atendido por los poderes de la Corte, debido a sus incendiarios pensamientos en busca de un posible teatro superior, tildado de utópico e innecesario.

Quince números de Teatra en 19 años (1983-2002)

Debe ser todo un récord de extravagancia editorial y literaria, que permitió la supervivencia y crecimiento de siete periodistas, artistas y dramaturgos dentro del mismo ámbito en que se conocieron.

Lo que nosotros pensábamos sobre el teatro, no lo expresaba ninguna de las publicaciones anteriores a *Teatra*. Los diarios nacionales cada vez daban menos protagonismo a la información teatral, ni se pensaba en el arte dramático como un posible caballo de batalla de la vanguardia artística. *Teatra* estaba convencida de que el suyo era un arte total, como ya había anunciado Wagner un siglo antes. Para nosotros el teatro era un fantástico cofre guarnecido de ricos y sólidos metales, que podía contener en su interior otras disciplinas artísticas como la arquitectura, la pintura, la música, la palabra literaria, la moda... *Teatra* no sólo convenció al rancio panorama teatral de 1983 de que podía conseguirse un papel en el casting de la modernidad, sino que con su entusiasmo logró convencer a los gestores y artífices de "la movida madrileña", de que el teatro, por estar vivo, era un valioso

candidato y aliado para derrocar la vieja cultura oficial.

Teatra se escribió, se recortó, se fotocopió, se coloreó, se encuadernó, se distribuyó a mano, pero nunca dejó de pensar y expresar el teatro posible de una generación alegre y sin complejos, decidida a reivindicar un brillante rol protagonista para el teatro español, en el cambio de siglo.

Hoy, que se presentan obras teatrales en museos y casas de cultura; que han florecido decenas de salas, donde los más jóvenes predicán su cuerpo y su palabra; donde las pasarelas de moda incorporan toda la teatralidad imaginable; la televisión se ha hecho "acción en directo"; y vuelven a construirse circos estables y nuevos teatros en el centro de nuestras ciudades; hoy que los estudios de Arte Dramático se han desarrollado con estructura de facultades, dentro de las enseñanzas artísticas... *Teatra* comprueba con orgullosa satisfacción que era posible su sueño de hace veinticinco años.

Lo cual no significa que no haya que seguir soñando, y pidiendo más, porque la llama sagrada del teatro hay que vigilarla todos los días. Pero el debate del teatro actual ya se está formulando en Internet por los herederos y discípulos de *Teatra*, en espacios como www.bilboquet.es, revista de creación, crítica y pensamiento (Rafael Sánchez Mateos Paniagua); saltatium.blogspot.com (Sergio Artero); o en espacios cibernéticos afines como Kaos Editorial (Plácido Rodríguez).

Madrigueras

Si pensamos en los orígenes de esta revista de papel, ¿cómo no vamos a mirarnos al espejo líquido que escondemos,

Juan Antonio Vizcaíno

Es profesor de la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid. Ha trabajado como actor, productor y director escénico con sus propias compañías: Corral 86 (1986); La Marítima (1988); y El Aeroplano P.T. (1991). En 1983 funda, dirige y diseña la premiada revista "Teatra", de la que aparecerán 15 números a lo largo de 19 años continuados. Ha colaborado en *La Razón*, *El País*, *Diario 16*; *El Europeo*; *El Globo*; *Primer Acto*, etc.

arañado y sucio bajo el colchón, para descubrir quiénes somos en medio de la noche memorial de *Teatra*?

La primera redacción que tuvo la revista fue compartida. El aula amarilla, interior y sin ventanas, de techo bajo e irregular era el espacio dedicado a Asociación de Alumnos, de la Real Escuela Superior de Arte Dramático y Danza de Madrid. Nuestra primera casa (la directora del centro en 1983 –Maruja López– apoyó decididamente aquel proyecto, e incluso nos ofreció diez mil pesetas para sufragar los gastos de las fotocopias). En aquel cuarto amarillo espeso como un búnker, bajo la luz de los fluorescentes, había un par de mesas grandes, unas sillas viejas con tablero, y en un rincón una grada de madera, y una estatua sedente en cartón piedra de un patricio romano pintado de purpurina. Unos compañeros estaban ensayando *Un fénix demasiado frecuente*, de Christopher Fry. Allí se llevaron las fotocopias de los doscientos ejemplares numerados de *Teatra*, la revista del borreguito que conectaba con la médula de la naciente postmodernidad española, y que reivindicaba para sí el carácter de puesta en escena impresa, a la par que inusitadamente se responsabilizaba de la opinión de todos sus colaboradores. El primer número de *Teatra*, con el borreguito de Norit con un ojo real de muñeca con pestañas, se presentó en la librería Moriarty, cuartel general de la revista *La luna de Madrid*, boletín de la movida madrileña.

El número dos de *Teatra* fue invitado por Juana de Aizpuru como revista de arte –con caseta propia– a la tercera edición de Arco en 1983. El exclusivo club de las artes plásticas contemporáneas abría sus puertas a *Teatra*.

Tras numerosas reuniones preparatorias en la espaciosa y aterrazada casa de Juan Manuel Sánchez en la calle Fernando VI, el número dos de *Teatra* se gestó en una nueva redacción-hogar (cuartel general al mismo tiempo de la recién nacida y brillante compañía Producciones Marginales). Susana, Soqui, Ascen y Mario nos acogieron con José Andrés Rojo (nuestro redactor) en aquel viejo piso trasatlántico galdosiano de la calle Campomanes. La más parisina de todas las vías madrileñas, tanto por sus elegantes edificios decimonónicos, como por el trazado curvo de la calle. Allí se amontonaron las fotocopias a dos caras, de todas las páginas de la revista, como si ejercitáramos una extravagante danza iniciática, robótica, y significativa. Hasta diez o doce personas daban vueltas por el salón siguiendo la cadena de montones blancos y coloreados a

mano. Sonaban Los Pistones, La Unión, Golpes Bajos..., comíamos espaguetis tras horas seguidas de trabajo encadenado.

La tercera parada y fonda de *Teatra* estuvo en una casa grande que alquiló Ernesto Caballero por López de Hoyos, y que nos pillaba a trasmano, lejos de la plaza de Ópera, el espacio natural de la Escuela y de *Teatra* en aquellos años. Allí se pegaron las argollas de tuerca a la luna de “Maderas de Oriente” que ilustraba –en troquel azul y blanco– el artículo de Alfonso, *Las sábanas de la Moncloa*.

Mi buhardilla de la calle Don Pedro, junto a Las Vistillas, se convirtió en una redacción cuasi definitiva para muchos años. Aquella buhardilla tan independiente, tan elevada y sin ascensor, se transformó en la sede de la revista *Teatra*, al mismo tiempo que de la compañía de teatro Corral 86, y de la Asociación de Jóvenes Actores Titulados (AJAT), que estimuló la creación de agrupaciones sindicales de actores. Un buen desfile de gente joven del nuevo teatro pasó por aquella casa estrecha, en numerosas meriendas, reuniones, y noches de redacción y nuevos encadenados de montones de folios, esa vez casi todos blancos. El número cuatro se hizo con esperma y silencio, manipulado con amor página a página, desde el costurón hasta el desgarro, o la chapa de cerveza machacada y pintada de blanco. Entre Beckett y Zurbarán, gritando y eyaculando.

Teatra abandonó en su número cinco el tratamiento absolutamente artesanal de su reproducción para ingresar en la primorosa imprenta de Prudencio Ibáñez, paciente, comprensivo y cómplice impresor del complejo proyecto *Teatra*. Pues –entre otros retos artesanales– se decidió mantener la tirada numerada y la manipulación a mano de cada ejemplar, y esto es harto difícil de asimilar por una imprenta.

El número quinto de *Teatra* se denominó “Teatra de Cámara”, y fue como un regreso a la palabra a través de la fotografía. *Teatra* rastreó las papeleras de las máquinas callejeras de fotomatón, para rescatar la tira de cuatro fotos, con los rostros amputados a cuádruple guillotina. En realidad parece que aquel número lo hicimos para poder regalárselo una soleada mañana, en el Festival Internacional de Teatro, a Tadeusz Kantor, el prodigioso artista polaco, que se quedó fascinado con la revista y con una ilustración que encabezaba el artículo a él dedicado, *K a la altura de la cabeza*. Kantor estuvo haciéndose retratos con su cráneo a “la altura de la cabeza” por todos los fotomatos callejeros, como si en Madrid hubiera encontrado definitivamente su marca.

La entrada en imprenta alteró el proceso de reproducción y encuadernación, con lo que la redacción se transformó en un lugar de reunión, discusión y lectura fundamentalmente. Pero en ellas se fraguaba realmente el espíritu del número siguiente.

La siguiente redacción flotante se estableció en el primer piso que Alfonso Armada se alquiló junto al parque de la Fuente del Berro, en la calle Lanuza. Era una redacción con las paredes tapizadas de libros, salvo por las ventanas, donde Alfonso iba amontonando su ingente y mastodónica biblioteca procedente de las fauces del diario *El País*, donde trabajaba entonces en la Sección de Libros. La cocina de aquella redacción era la pieza más visitada de la casa. Alfonso era un excelente anfitrión que cuidaba el estómago de la redacción con unos guateques de aúpa.

Quizás habría que señalar como acotación de esta memoria que las reuniones siempre han consistido en comentar a la llegada el día a día, los últimos revuelos y escándalos, y una vez que están todos (o casi) reunidos, a golpe del martillo de juez del director, se entra en materia, se informa, se debate, y se da lectura a los textos en voz alta, textos que siempre han sido comentados, criticados y, finalmente, aceptados o rechazados por el Consejo de Redacción. No son las redacciones de *Teatra* lugar de mesas de ordenador y archivadores. El archivo de *Teatra* es ambulante, como los decorados de las viejas compañías itinerantes.

El estallido de la guerra del Golfo nos sorprendió reunidos en la casa de Puerta Cerrada en la que vivió, de soltero, Ignacio García May. Ante las imágenes televisivas del primer bombardeo de Bagdad, nos preguntábamos en voz alta, si sería verdad aquello que algunos catastrofistas afirmaban de que cada generación necesita una guerra para forjarse en la templanza de la condición humana. Un gato llamado *Nevermore* nos ronroneaba inciertas respuestas a nuestras inquietudes galácticas.

A veces, la redacción se ha reunido en cafés o restaurantes, pero siempre se ha demandado colectivamente una casa, una cueva, una guarida, una intimidad de colegas y amigos, porque *Teatra* ha tenido coqueteos con novias, pero casi no ha llegado a entenderse con mujeres-redactoras-dramaturgas. Salvo una que perduró, no tuvieron suficiente paciencia para soportar las divagaciones y la lentitud fertilizante de los procesos gestores de cada nueva entrega de *Teatra*. Las redacciones de la revista han sido todas un poco cuarterelas, cuarto de furrielería donde está escondida una botella de whisky detrás de la

taquilla, junto con unas cuantas revistas pornográficas. Redacción y guarida de luciérnagas macho que se han codeado con excelsas y efímeras hembras. No ha habido cojines de flores en nuestras casas. Íbamos a vestirnos de calabacín y cebolla entre las rosas del Jardín Botánico, y allí invitábamos a nuestras ilustres damas, por fin recibidas por la redacción de *Teatra*, para hacer algo concreto, y no para divagar en reuniones que parecían partidas de cartas de Stanley Kowalsky con sus amigos, con cervezas y ceniceros atestados de colillas sobre la mesa, mientras por las calles del suburbio serpenteaba un tranvía llamado Deseo.

Pero si algo ha mantenido unida a la tripulación de *Teatra* ha sido su verdadero esposo, el Teatro, que nos sigue reuniendo, alumbrando y acompañando, mientras seguimos haciendo esta revista en nuestras casas o en las de los amigos, construyendo un hogar efímero y particular con el teatro. ◀▶



Mueriteatra

Invitación a una de las presentaciones en París de la revista Teatra